

***España* (1915-1924) y la “conquista cultural” del Perú de Mariátegui**

Por *Fernanda* BEIGEL*

EL 13 DE JUNIO DE 1918, una revista editaba en Madrid su número ciento sesenta y seis. Su director, Luis Araquistain, viajaba por las trincheras francesas como corresponsal, mientras se cerraba dificultosamente el ciclo de la primera Guerra Mundial. La portada mostraba un caballero escuálido, montado en un burro también escuálido, empujado por un fraile regordete a cambiar el rumbo del peregrinaje, en sentido contrario al letrero en el que se leía: “A París”. Era el dibujante de *España* que debajo de la caricatura escribía un diálogo entre ambos: “¿Será éste el camino de la paz? — Señor, yo creo que está en sentido contrario”.

Veinte días después, salía en Lima el segundo número de *Nuestra Época*, con un dibujo de tapa de igual tono sarcástico, aunque esta vez protagonizado por un indígena que bailaba y cantaba a viva voz, pisando sobre las tumbas de la Constitución, la política, la historia y las leyes. La fiesta era en el “Teatro de la Nación” y bajo el título se leía: “Viva el Perú y siga la jarana”. Los responsables del emprendimiento, José Carlos Mariátegui, César Falcón y Félix del Valle, adoptaban este estilo irreverente para demoler el avejentado espíritu limeño y se reconocían en la enseñanza de una revista madrileña que proponía un enfrentamiento global entre dos “Españas”: la vieja y la nueva.

España fue una suerte de lectura obligatoria para toda la intelectualidad peruana durante la década del diez. Constituyó, en definitiva, el principal vehículo de recepción de los debates que planteaba el conflicto bélico europeo e inspiró un conjunto de publicaciones que quisieron convertirse en voceras de su época. Por supuesto, ninguna producción cultural es resultado de una mera imitación y el caso de *Nuestra Época* no escapa a esta regla. Aunque Mariátegui generosamente reconoció, años después, la influencia de *España*, lo que pudo observarse hacia 1918 fue un diálogo fructífero con esta publicación, que les permitió a los redactores de la revista peruana reflexionar críticamente sobre su propia realidad.

Los fundadores de *España* pertenecían a la generación del catorce, participaban bastante activamente en el quehacer político y se

* Doctora en Sociología, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina. E-mail: <brujula@lanet.com.ar>.

posicionaban en una relación ambivalente —de admiración y crítica frente a sus compatriotas del noventa y ocho.¹ Si bien la revista expresaba una opción por una "nueva España", existieron dos tendencias desde su nacimiento: los que proponían un desarrollo capitalista democrático y aquellos que adherían al socialismo. En la primera tendencia se encontraba su primer director y fundador, José Ortega y Gasset, que participaba de la Liga de Educación Política y resumía la aspiración de sus compañeros en la frase inaugural: "Habiendo negado una España, nos encontramos en el paso honroso de hallar otra". Luis Araquistain, en cambio, simpatizaba con el Partido Socialista. Su asunción en la dirección de la revista consolidó paulatinamente la relación con esta corriente y el proyecto de Ortega y Gasset se vio relegado hasta su materialización en otra publicación: la célebre *Revista de Occidente* (1923-1936).²

La biografía de *España* registra dos momentos de inflexión que no pasaron desapercibidos para los lectores peruanos: el cambio de dirección, en 1916, y el final de la guerra europea, hacia 1918. El primero de ellos afirmó la relación con el socialismo y transformó a la revista en portavoz del descontento nacional: en ella se expresaron desde el catalanismo de izquierdas hasta el movimiento obrero. El segundo marcó un proceso evolutivo que determinó una posición antiamericanista y un paulatino acercamiento a la posición soviética. Desde su fundación en 1915, hasta el año 1918, los temas más persistentes entre los redactores de *España* rondaron en torno a la crítica al sistema político español y el seguimiento de los avatares de la guerra. Durante estos años, la revista se orientó hacia un amplio campo de coincidencias doctrinarias, que emergía desde principios de siglo y se definía ya como "izquierdas españolas". Se trataba de un periodo fuertemente programático: la posición de la revista se inscribía en un liberalismo radical, identificado con los ideales de la Revolución Francesa. La democracia se presentaba como concepto aglutinante, pues sus colaboradores consideraban que la principal oposición entre izquierda y derecha era la que separaba la democracia de la autocracia.

No se puede hablar, entonces, de un homogéneo interés por editar un periódico socialista. Más bien era una revista "abierta al socialis-

¹ Acerca de la revista *España* y la generación del catorce puede verse José-Carlos Mainer, "La crítica intelectual a los noventayochistas y la revista *España*", en Francisco Rico, *Historia y crítica de la literatura española*, vol. 7, Barcelona, Critica-Grijalbo, 1984, pp. 24ss.

² Manuel Tuñón de Lara, "*España*, semanario de la vida nacional", en la edición facsimilar de *España*, Madrid 1915-1924, núms. 1-403, Liechtenstein, Topos Verlag-Turner, 1982, pp.vii-xvii.

mo", que demostraba interés por las actividades de esta tendencia e invitaba a su primigenio dirigente, Pablo Iglesias, a escribir en sus páginas. El afán democrático se fue agudizando con el debate ideológico, especialmente desde 1917, cuando *España* se proclamó proaliada y comenzó una campaña de franca oposición al gobierno. La publicación enderezó e e año toda su capacidad de convocatoria hacia el famoso "Mitin de las Izquierdas Españolas", que se realizó en la Plaza de Toros de Madrid, a pesar de los intentos del gobierno de suprimir el derecho de reunión. En estos meses sufrió la censura en sus portadas y editoriales, hasta padecer, a mediados de ese año, la su pensión. Desde su reaparición, en octubre de 1917, los editoriales de la revista se orientaron a la discusión de un programa de "izquierdas". El acuerdo electoral que promovía el espectro político convocado al Mitin abarcaba socialistas, republicanos y reformistas. La aspiración política común fue convertir a la monarquía constitucional española en un verdadero régimen democrático, asegurando primero la existencia del Parlamento y perfilando luego nuevas formas de producción e instituciones capaces de reemplazar al Estado ineficaz y burocrático. Algunos, inclusive, no descartaban las sociedades obreras como forma de explotar mejor las industrias vitales del país y regular los artículos de primera necesidad.

Un balance global de *España* nos obliga a ubicar su posición ideológica dentro de un espectro político democratizador, socializante, que fue radicalizándose a medida que se cursaban los años del asedio internacional a la Revolución Rusa. Al principio, la revista recibió a los dirigentes rusos y a la doctrina marxista que ascendía al poder con desconfianza. El "maximalismo" parecía, a los redactores de *España*, una plataforma de fines nobles y elevados, pero consideraban inoportuna la sublevación. Mientras duró el conflicto armado, los colaboradores de la revista española entendieron que la salida rusa era peligrosa para la paz del continente. Pero hacia 1919, Araquistain y sus colegas efectuaron un giro consciente en su perspectiva frente a la Revolución: no asumieron una posición plenamente "maximalista", pero desligaron su juicio de tan inexorable conexión con la paz europea.

Con su artículo "Esos pobres bolcheviques", Araquistain marcó un punto de inflexión en la orientación de los redactores de *España* frente al país de los Soviets. Mostró cierta simpatía por Lenin, como líder revolucionario y hasta deslizó cierta aceptación de los ideales bolcheviques favorables al proletariado. En este texto, Araquistain planteó un balance que justificaba la posición anterior, pero fundamentaba su conexión con la nueva actitud que proponía frente al fenómeno ruso.

Explicaba que cuando las masas de ese país se alzaban en espíritu guerrero, los "hombres libres" no podían tener por los bolcheviques una gran simpatía, sobre todo por el baño de sangre que teñía sus batallas. Cualquier imperio o dictadura, proletaria o no, le parecía al director de *España* despreciable. Ahora en cambio, los bolcheviques inspiraban compasión. La valentía para defender sus conquistas, frente al asedio del resto de Europa, convertía a sus figuras dirigentes en "criaturas míticas", capaces de vencer cualquier conjuración.³

En el Perú, *España* era leída con gran interés en las tertulias, en los cafés y en las redacciones de los diarios. Con ella los círculos intelectuales se acercaban a los sucesos europeos: la Revolución Rusa, los entretelones de la posguerra, el movimiento obrero. La revista madrileña combinaba la información de coyuntura con la publicación de artículos de interés científico o literario. Tenía dieciséis páginas, salía con bastante regularidad y acostumbraba inaugurar cada número con una caricatura en la portada. La sección "Figuras contemporáneas" permitió a sus lectores de distintos rincones del mundo conocer las biografías y el pensamiento de artistas e intelectuales de la talla de José Enrique Rodó, Romain Rolland, Henri Barbusse, Albert Einstein, Benedetto Croce, Bertrand Russell. *España* fue un medio importante de difusión de los manifiestos promovidos por algunas de estas personalidades para condenar la guerra y abrir nuevos espacios de comunicación entre los "trabajadores del espíritu". Con la lectura de *España*, los peruanos podían mantenerse al tanto de la producción artística europea y participar del balance de época que se abría con la finalización del conflicto armado. Se acercaban a í al complejo proceso de depuración ideológica que asistía al Viejo Continente para limpiar los compromisos y alianzas provocados por la guerra, haciéndose receptores de un ideario internacionalista que pretendía borrar las fronteras nacionales, al menos entre los "hacedores del pensamiento".

España, además, registraba en sus páginas el cambio que operaba en todas las sociedades europeas a raíz del ascenso de las luchas obreras. Se comentaban allí las huelgas de todos los confines del mundo, entre las que se incluía el seguimiento de las jornadas de protesta argentinas y peruanas. Araquistain y otros colaboradores analizaban el cierre de fábricas y el proceso de sindicalización operado en España, procurando poner en tela de juicio el concepto de propiedad. Entrado el año 1919, Araquistain decía que la propiedad tenía fines sociales y cuando el interés individual estaba en conflicto con el interés colectivo,

³ Luis Araquistain, "Esos pobres bolcheviques", *España* (Madrid), año v, núm. 222, 10 de julio de 1919

era necesario priorizar el beneficio de toda la comunidad, apoderándose de las fábricas temporal o permanentemente.

El joven Mariátegui y la revista España

MARIÁTEGUI fue, antes que todo, un periodista, y en ese medio cultural desarrolló una actividad que lo convirtió en editorialista y escritor, mientras maduraba además como dirigente político. Entre sus primeros emprendimientos periodísticos y aquellos que protagonizaron el *proyecto mariateguiano* maduro (1925-1930) existen algunas continuidades básicas, especialmente, la articulación del arte y la política, que fue una preocupación del Amauta desde *Nuestra Época* (1918), aunque conquistó su máximo pico programático en la década siguiente, con la revista *Amauta*, fundada en 1926. A pesar de que la actividad en el ámbito de la prensa fue la práctica más desarrollada por Mariátegui en el Perú, ha sido relativamente escasa la atención que ésta ha recibido entre los estudiosos del campo mariateguiano. No sólo porque las condiciones de recepción de su obra determinaron otras formas de aproximación, sino porque la cuestión de la praxis apareció en las discusiones del campo recién hacia los años setenta. Nosotros hemos trabajado en el sentido de mostrar que esta "faceta periodística" no representó un elemento más dentro de la multifacética personalidad de Mariátegui, sino que constituyó el suelo, el campo del que brotaron un conjunto de prácticas que sirvieron de base a la consolidación del *proyecto mariateguiano*.

En este marco, la revista *Nuestra Época* adquiere una significación fundamental, puesto que representa el punto de arranque de la praxis editorialista de José Carlos Mariátegui. Pero no sólo tiene importancia como hito dentro de su trayectoria periodística, sino también como expresión de un momento en el que el Amauta ingresa de lleno en la escena pública nacional.⁴ Por otra parte, y desde un punto de vista más general, la revista *Nuestra Época* puede ser vista como expresión de un momento de inflexión en el periodismo peruano y como resultado de un conjunto de transformaciones culturales y sociales de orden continental.

⁴ Antes de publicar *Nuestra Época*, Mariátegui fue también protagonista en el medio periodístico limeño por un incidente ocurrido en 1917 con la bailarina suizo-argentina Norka Rouskaya. Para nosotros, sin embargo, este instante pertenece a un momento iconoclasta, mientras que su participación en *Nuestra Época* muestra claros signos de un posicionamiento político y cultural. Para conocer el *affaire* Rouskaya, William Stein, *Dance in the cemetery*. Lanham, University Press of America, 1997. Hay traducción al español William Stein, *Mariátegui y Norka Rouskaya*, Lima, Amauta, 1989.

Una mirada por la historia de la prensa nos recuerda que, durante la segunda mitad del siglo XIX, había comenzado a generalizarse en América Latina la aparición de periódicos que se orientaban paulatinamente hacia la "prensa de información", en desmedro del "periodismo de opinión" predominante hasta entonces. Se abría con ello una nueva dimensión, pues se ampliaba progresivamente la circulación de la información, un bien demandado cada vez más por crecientes sectores sociales. Los cambios en la orientación del periodismo formaban parte de un proceso estructural que se dinamizaba con la aparición de la rotativa, el desarrollo del transporte y el reemplazo de la suscripción por la publicidad, como medio de sustento financiero. La prensa gráfica comenzaba a diversificarse para captar, mediante distintas ofertas de publicación, la creciente heterogeneidad de un público lector que aumentaba en sentido proporcional a la disminución de los costos de edición que alentaba el progreso técnico en la industria. Con el aumento del tiraje y la multiplicación de las ediciones de frecuencia cotidiana, a medida que se acercaba el siglo XX, surgía un tipo de discurso tendiente a la captación de la información coyuntural y se construía un modelo de "objetividad" que obligaba al ejercicio periodístico a desarrollar un lenguaje cada vez más "neutral" y a perder, paulatinamente, el acento en la exposición de ideas.⁵

En el caso del Perú, la etapa del periodismo doctrinario y de partido tuvo un ciclo más extendido que en otros rincones del continente. Tomando como punto de arranque el año de 1827, Juan Gargurevich señala que ya entonces se advertía un importante desarrollo en la ciudad de Lima y comenzaban a aparecer ediciones de frecuencia diaria, semanarios y quincenarios de diversos rubros. Estas publicaciones se enmarcaron, durante todo el siglo XIX, dentro del llamado "periodismo doctrinario" o "periodismo de opinión". La proliferación de diarios en el interior y la transformación cualitativa que haría de estas publicaciones cotidianas parte del fenómeno de la "prensa de masas", llegaría recién con la modernización del país andino.⁶

La polémica ideológica predominó en el periodismo latinoamericano durante casi todo el siglo XIX, pero esta dimensión crítica no se perdió por completo a medida que se fue consolidando la tendencia al periodismo de empresa, pues ya en las primeras décadas del nuevo

⁵ Con respecto al desarrollo del periodismo de empresa desde fines del siglo XIX, véase Arturo Andrés Roig, "El siglo XIX latinoamericano y las nuevas formas discursivas", en *El pensamiento latinoamericano del siglo XIX*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1986

⁶ Juan Gargurevich, *Historia de la prensa peruana 1594-1990*, Lima, La Voz, 1991

siglo se abrieron tribunas alternativas que reeditaron críticamente el proyecto novecentista de la "prensa de ideas". Paralelamente con la gran prensa crecieron las publicaciones socialistas o anarquistas que editaron hojas semanales como elemento de propaganda ideológica, con el fin de educar y organizar al movimiento obrero. Estas últimas tomaron un rumbo opuesto al "periodismo de información" —que se caracterizaba por tomar distancia de las luchas políticas y pregonar un exclusivo interés en la síntesis de acontecimientos—, para convertirse en ejes de un movimiento político y cultural que se gestaba a través de la expansión de concepciones políticas revolucionarias.

La prensa anarquista fue la principal propulsora del rebrote del "periodismo de ideas" en el Perú durante las primeras décadas del siglo xx. Entre sus manifestaciones podemos encontrar infinidad de publicaciones efímeras y algunas más consolidadas, como *La Protesta* (1911-1926). Pero no solamente las revistas y periódicos de orientación revolucionaria representaron esta prensa alternativa. Tempranamente había aparecido la oposición a los sectores dominantes con las hojas de un periodismo radical inspirado en la figura de Manuel González Prada, que había sido un implacable crítico de la gran prensa. Por otra parte, existieron publicaciones menos radicalizadas, que intentaban marcar un rumbo independiente entre el periodismo de información y el periodismo de opinión. Ofrecían cierta oposición a los grandes diarios, al "periodismo de empresa" que en el Perú todavía no se desprendía de su soporte oficialista.

Mientras avanzaron las primeras décadas del siglo xx, los procesos que llevarían a una transformación del periodismo se profundizaron en todo el país andino: creció la prensa diaria y se multiplicaron las ediciones de alto tiraje, aunque la circulación nacional se mantuvo retrasada. El periodismo vivió un pico de auge entre 1915 y 1916, cuando la primera conflagración mundial atrajo la atención del público peruano. Terminada la guerra europea, el Perú transitó un gran cambio social que marcó la historia de la prensa. La explosión de las huelgas obreras y estudiantiles encontró eco en algunos periodistas e intelectuales que adhirieron al movimiento.⁷

Cuando Mariátegui promediaba los veintitrés años, ya formaba parte de esta prensa periódica dinámica y en crecimiento. Había peregrinado por las redacciones de varios diarios, revistas y pasquines en

⁷ Con respecto a la historia del periodismo peruano puede verse el trabajo de Raúl Porras Barrenechea, que constituye un balance de la época y fue publicado en la revista *Mundial* en julio de 1921. Raúl Porras Barrenechea, *El periodismo en el Perú*, ediciones del sesquicentenario, Lima, Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1970.

busca de sustento económico. Había trabajado en puestos bastante alejados de sus anhelos de escritor, aunque había logrado infiltrarse poco a poco en el medio. Corrían los meses de 1917 y Mariátegui ostentaba una de las principales virtudes del oficio: la velocidad. Pero comenzaba a diversificarse hacia un rumbo nuevo que lo convertiría en crítico de su propio ambiente. Desde su columna *Voces* vivió y, a la vez, puso en crisis lo que él llamaba "diarismo limeño", es decir, un mundillo dominado por la tendencia empresarial de los grandes rotativos que se consolidaban en el campo cultural peruano.⁸

Poco ha sido estudiada la relación de *España* con la trayectoria de José Carlos Mariátegui, a pesar de haberse repetido más de una vez las palabras con las que el peruano comentaba su relevancia. Sin embargo, la revista madrileña fue una de las lecturas más constantes de su juventud y ocupó un lugar fundamental en la primera etapa de su formación ideológica. El análisis de esta revista nos permite aproximarnos a aquella "orientación socialista" que Mariátegui proclamaba para sí cuando describía sus años anteriores al viaje europeo. También arroja luz sobre el modelo periodístico que el Amauta diseñó entre 1918 y 1919, a partir de la revista *Nuestra Época*, y que constituyó una suerte de "puente" que lo transportó hacia el *editorialismo programático* que desarrolló durante su madurez.⁹ Decimos que esta influencia transitó en un "puente" porque la concepción ideológica que propugnaban los redactores de *España* constituía más que todo una tendencia democratizante para la política de la península. Los directores de *Nuestra Época* llevaron un poco más lejos esta inclinación, al otorgarle mayor importancia a la difusión del socialismo y presentar mayor unidad ideológica entre sus redactores. Por ello puede decirse que la continuidad y el quiebre con las concepciones de la revista madrileña convivieron en el primer emprendimiento del Amauta.

La presencia de la revista española en los dos números de *Nuestra Época* fue bastante notable, por una parte, en la pluma del líder del grupo peruano Colónida, Abraham Valdelomar, y por la otra, de la

⁸ Mariátegui escribió su columna "Voces" en el diario *El Tiempo*, de Lima, entre 1916 y 1918.

⁹ Nosotros hemos definido el *editorialismo programático* como una práctica cultural impulsada por intelectuales, por lo general ligados a concepciones socialistas, que en América Latina tuvo un desarrollo excepcional entre 1920 y 1930. Entre figuras de la talla de Samuel Glusberg, José Carlos Mariátegui, Joaquín García Monge, Jaime Morcena, Gamaliel Churata, se formaron importantes redes editorialistas que nosotros hemos procurado reconstruir señalando sus principales agencias y formas de intercambio cultural. Fernanda Beigel, "La epopeya de una generación y una revista", en *El itinerario y la brújula: el recorrido estético-político de José Carlos Mariátegui*, tesis doctoral, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, marzo de 2001.

mano de un famoso artículo antiarmamentista que le significó a Mariátegui la participación en un escándalo público. El primero escribió odas taurinas y reclamó a viva voz contra el espíritu paradójico de algunos cronistas españoles. Festejó el sentido heroico del alma española en los colaboradores de *España* y los consideró como la contracara de una España soberbia que anhelaba las épocas imperiales. El segundo, en cambio, incursionó en sus artículos en una cuestión política polémica.

En el primer número de esta revista, Mariátegui escribió “El deber del Estado y el deber del Ejército”, que se hizo célebre puesto que a raíz de estas afirmaciones resultó objeto de una agresión contra su persona en las instalaciones del diario *El Tiempo*. Sus críticas al ejército ponían en discusión la vocación patriótica de la oficialidad peruana. Sostenía allí que la mayoría de los ingresantes a la escuela militar lo hacían impulsados por la “miseria del medio o el fracaso personal”. Tocaba Mariátegui con esto una fibra muy íntima de la conciencia nacional —que se alojaba en el rabillo del ojo de los peruanos cuando recordaban la derrota en la Guerra del Pacífico— al plantear que su país no estaba capacitado para tener un “Ejército verdadero”.

El ir y venir de acusaciones y defensas a raíz del escándalo que provocó el texto hizo que Mariátegui escribiera una nota explicativa en el diario *El Tiempo* acerca de los efectos generalizados de la “miseria del medio”, explicando así su intención y declarando su sano interés por describir “un estado de mediocridad” común a todos los peruanos, y no sólo a la carrera militar. Esta reflexión —que coincidía con su propio esfuerzo por abandonar el “decadentismo literario” y someter a crítica su propia práctica como periodista— iba de la mano con una redefinición de la prensa como espacio de lucha política y cultural. Fue significativa, en este sentido, su expresa ambición de superar el “condicionamiento de la pobreza del medio”, para pasar de periodista a escritor, sorteando así el fracaso que significaría para él quedar “encadenado al diarismo”.

Si yo me gobernara, en vez de que me gobernara la miseria del medio, yo no escribiría diariamente, fatigando y agotando mis aptitudes, artículos de periódico. Escribiría ensayos artísticos o científicos más de mi gusto. Pero escribiendo versos o novelas yo ganaría muy pocos centavos porque, como éste es un país pobre, no puede mantener poetas ni novelistas. Los literatos son un lujo de los países ricos. En los países como el nuestro los literatos que quieren ser literatos —o sea comer de su literatura— se mueren de hambre. Por esto, si mi mala ventura me condena a pasarme la vida escribiendo artículos de periódico, automatizado dentro de un rotativo cualquiera, me habría vencido la pobreza del medio. Seré un escritor encadenado al

diarismo por el fracaso personal (José Carlos Mariátegui, *El Tiempo*, 27 de junio de 1918).¹⁰

Más allá de esta crítica a la mediocridad que resultó tan irritante, la conclusión de Mariátegui estaba orientada a sostener que los militares eran ciudadanos inhabilitados para ejercer los derechos políticos. El Amauta citaba a Luis Araquistain, que había definido la actividad castrense como una carrera de abnegación, negándoles a los militares la capacidad para sindicarse que les era otorgada a todos los funcionarios del Estado. Decía Mariátegui que el director de *España* se basaba en que "la fuerza de los militares debe ser, al mismo tiempo, su debilidad". El Amauta declaraba compartir esta crítica a la intervención de los militares en el gobierno, mientras les recriminaba su falta de vocación, que atribuía a la "miseria del medio" que afectaba a todos los limeños. Ya son conocidas las jornadas que vivió el periodismo de la ciudad con este escándalo, que dejó en el camino la renuncia del ministro de Guerra, De la Fuente. Según Mariátegui, la causa del revuelo estaba en una frase de su artículo que no reflejaba el espíritu global del escrito. Para él, en realidad, la famosa ofensa a los oficiales del ejército no era más que una recriminación a la mediocridad general, inclusive propia, según aclaraba unos días después en un matutino limeño.¹¹

La explicación de las dimensiones que adquirió este conflicto era, sin embargo, más profunda. No sería la primera vez que un peruano se ocupe de cuestiones militares, pues el periodismo limeño seguía —por el cable, la prensa diaria y las revistas— la marcha de la guerra europea. Pero este escrito estaba en consonancia con el debate que se registraba en las páginas de la revista *España*, y era esto lo que había motivado una reflexión autónoma por parte del Amauta en relación con la situación peruana. "El deber del Estado y el deber del Ejército" venía a plantear un problema mucho más hondo, ligado al permanente asedio de los militares a los pasillos del gobierno. El codirector de *Nuestra Época* no estaba tan preocupado por la *vocación*, sino por la *acción* de los militares. Y la oficialidad no lo había atacado sólo para vengar una "ofensa". Un periodista pretendía poner a las Fuerzas Ar-

¹⁰ "Mariátegui explica su artículo de *Nuestra Época*". *Nuestra Época, Revista política y literaria*, directores Félix del Valle, César Falcón y José Carlos Mariátegui, núms. 1-2, 1918, edición en facsímile, Lima, Amauta, 1994, p. 19.

¹¹ El artículo de Mariátegui "El deber del Estado y el deber del Ejército" se publicó en *Nuestra Época*, Lima, núm. 1, 22 de junio de 1918, p. 5. Los principales documentos, artículos y cartas de Mariátegui, de otros periodistas, oficiales agresores y jefes militares, que presentan un excelente muestrario de la repercusión de este artículo en la vida política nacional, pueden verse en la edición facsimilar de *Nuestra Época* ya citada.

madras en su lugar. Y el ejército no estaba dispuesto a perdonar a Mariátegui.

El militarismo era un tema recurrente en *España* desde su fundación. Pero durante 1918, esta temática había aparecido con más fuerza, por una parte, debido al inminente desenlace del conflicto europeo, y por la otra, debido a que Araquistain se trasladó a Francia para enviar artículos sobre la marcha de los combates y seguir de cerca las discusiones políticas.¹² La revista reflejaba críticamente la situación de España frente a la guerra, desarrollando una posición adversa a todo militarismo, y en este sentido, replanteaba la función de este cuerpo armado en la vida política nacional. En su artículo "El sindicalismo de Estado", Luis Araquistain defendía el derecho de los trabajadores estatales a organizarse en sindicatos, en contra de quienes negaban ese derecho a todo funcionario del Estado.¹³ Araquistain sostenía que era legítima la lucha en favor de la igualdad, inclusive en una situación de colectivismo desarrollado, donde todas las industrias estuvieren en manos del Estado. Todo trabajador debería siempre tener derecho a reclamar por una retribución justa u otras reivindicaciones.

Pero la excepción a esto eran, para el director de *España*, los militares. La vedaque proponía para el sindicalismo castrense se basaba en el potencial uso de las armas confiadas a ellos por el Estado para imponer su voluntad por la violencia. Araquistain reconocía que otros grupos sociales podían imponer sus reclamos por la fuerza, "no otra cosa es una revolución". Pero a los ciudadanos comunes no les consentía el Estado poseer fusiles y ametralladoras, lo cual situaba a los sindicatos militares en franca ventaja. Esto explica en relación con qué debate Mariátegui retomaba aquello de que la fuerza de los militares debía ser, al mismo tiempo, su debilidad. Pero además devela el verdadero sentido de su escrito. El Amauta pretendía ejercer una crítica sobre toda forma de agremiación entre los militares, no sólo en relación con la agitación de sus reivindicaciones, sino en tanto medio de control del gobierno y asedio al poder.

La conquista cultural

ESPAÑA formó parte del arco de publicaciones críticas que proliferaron en una sociedad de gobiernos inestables, arraigada todavía a las prin-

¹² Luis Araquistain, "El hombre y la máquina", *España* (Madrid), año iv, núm. 157 (11 de abril de 1918)

Luis Araquistain, "El sindicalismo de Estado", *España* (Madrid), año iv, núm. 143 (3 de enero de 1918), pp. 3-4

cipales taras del pasado imperial. No podemos dejar de señalar, entonces, algunas contradicciones provenientes del lugar que esta revista madrileña tenía reservado a "Hispanoamérica", bastante lejos de ese espíritu crítico y de superación de la herencia colonialista que exhibía al interior de la política peninsular. El campo cultural español se hallaba todavía, a principios del siglo xx, en plena evaluación de su derrota en el mundo americano y surgían sectores que pretendían demoler el signo conservador de ese pasado. Pero muchos de los proyectos anti-monárquicos que nacieron en este espíritu no pudieron escapar al sentimiento de superioridad que quedaba como residuo del período imperial.

uestra América representaba un eslabón fundamental dentro de la crítica al sistema que se ejercía desde *España*, pues venía a poner en el tapete la decadencia del Imperio y la dificultosa tarea de dotar a España de una cosmovisión moderna y abierta al progreso. La relación con los países latinoamericanos constituía una parte importante dentro del proyecto político-cultural de la revista, y se registraba con desdén el hecho de que la influencia norteamericana viniera a sobrepasar la cultura española en nuestras mentalidades e instituciones.

La visita de Ortega y Gasset a la Argentina y la comunicación de *España* con revistas como *Nosotros* (Buenos Aires, primera época, 1907-1934), *Colónida* (Lima, 1916), *Nuestra Época* (Lima, 1918), *Martín Fierro* (Buenos Aires, 1919), muestran el interés que tenían los redactores de la revista madrileña por revitalizar la presencia española en la cultura hispanoamericana. Esta perspectiva, que se manifestó especialmente en la época de mayor influencia de la revista en el periodismo cultural de nuestro continente, entre 1916 y 1920, tenía que ver con la incesante búsqueda de una nueva identidad peninsular. América Latina venía a ocupar el lugar de "apéndice" de las posibilidades de engrandecimiento de España, aun en el tan ansiado proceso de liberación de la senda aristocrática.

A poco de haber fundado la revista, su primer director, José Ortega y Gasset, escribía "Nueva España contra vieja España", donde desarrollaba con bastante claridad el lugar que le asignaba a América en la lucha entre un país "vital" y uno "adormecido". El director de esta primera etapa de *España* creía que el odio de los americanos se dirigía contra la vieja España y que la nueva debía convertir este sentimiento en respeto, pues "no queda a la raza española otra salida por el camino de la historia que no sea América". Se dolía de la emigración de españoles a América y planteaba a los diputados la necesidad de hacer de

ese movimiento humano algo fecundo, enviando directores en vez de siervos.¹⁴

Esta tendencia ideológica no sólo se desarrolló durante la gestión de Ortega, sino que fue una constante en los siguientes años de vida de *España*, principalmente porque su vocero fue el propio Luis Araquistain. Hacia 1915, el mismo año del texto orteguiano, el futuro director de la revista escribía acerca de la conferencia panamericana que se celebraría en Washington, alarmado por la constitución de un “enérgico movimiento con poder de atracción para las repúblicas americanas”. Araquistain proponía reflotar el proyecto de una Universidad Hispanoamericana, para lo cual consideraba necesario ejercer una crítica de la herencia española, reconociendo que su nivel científico estaba todavía “en mantillas”. La desidia en la activación de este proyecto y el retraso en la preparación de un currículum para dirigir a los países latinoamericanos, le parecía a Araquistain muestra de la falta de acción que se registraba en las clases dirigentes españolas.

Los momentos históricos son únicos. España se halla en una posición sumamente ventajosa para atraerse a la América latina, por lo menos en este aspecto cultural. Pero si deja huir esta oportunidad de oro, la definitiva derivación de las Repúblicas latino-americanas hacia la Gran República anglosajona será un hecho irremediable y fatal para el futuro de España [...] En estos momentos está en peligro el mismo dominio de la lengua española en la América latina. Ya son muchos los sudamericanos cultos que hablan el inglés mejor que el español. Una Universidad Hispanoamericana, aprovechando las favorables circunstancias presentes, podría contrarrestar la anglosajonización de América y fundamentar más sólidamente que hasta ahora la unidad espiritual de España con los pueblos americanos de lengua española.¹⁵

Un año después, Araquistain declaraba abiertamente su interés por recobrar el dominio sobre el continente americano. Sostenía que dicha recuperación se manifestaría en lo cultural y también en lo económico, pero antes se debía reconocer que el término “hispanoamericanismo” había tenido siempre un recuerdo de injusticia: el olvido, abandono y abuso habían determinado la “pérdida total de América para España”. Pero, luego de someter a juicio este término, que ligaba el nuevo continente con la herencia hispana, afirmaba que su pensamiento motor

¹⁴ José Ortega y Gasset. “ Nueva España contra vieja España”, *España* (Madrid), año I, núm. 4 (19 de febrero de 1915).

¹⁵ Luis Araquistain. “Sobre una Universidad Hispanoamericana”, *España* (Madrid), año X, núm. 24 (9 de julio de 1915), p. 2.

debía ser la "recuperación pacífica del continente americano".¹⁶ Durante 1916, España publicó notas de algunos corresponsales de nuestros países que registraban en este "hispanoamericanismo" una vía de resistencia frente a la penetración económica y política de Estados Unidos. Seguramente, los ecos de un arielismo todavía vigoroso aparecían como excelentes aliados. El núcleo directriz de la revista madrileña confiaba en las posibilidades de la "nueva España" para captar el descontento frente a la creciente influencia yanqui. Por ello abogaba por la superación del atraso científico y académico peninsular, que era un obstáculo que alejaba a América de la cultura española. En la perspectiva ideológica de la publicación de Araquistain, el papel de la cultura de nuestra América era siempre subsidiario, sometido a una u otra influencia. Se nutría de una preocupación de origen colonialista, que rechazaba nostálgicamente la pérdida del poder español sobre las sociedades latinoamericanas.

Distinta era la posición de Miguel de Unamuno, que colaboraba en *España*, pero se había consagrado en otra generación y personalizaba una posición cultural sólida e independiente. Su discurso en un aniversario de la publicación transmitía una perspectiva más crítica y alejada de los afanes "neocolonialistas" que teñían las palabras de Ortega y Araquistain. Unamuno preservaba la oposición central que lo ligaba con la generación del catorce. Compartía la necesidad de oponer las "dos Españas" frente a frente, pero advertía que la guerra había puesto en primer término la necesidad de oponer una anacrónica "hispanofilia" a la "germanofilia" que espantaba a españoles. Es decir, si quedaban "hispanófilos" que todavía admiraban aquella España del siglo XVI, era porque la guerra había tenido la triste virtud de resucitar el viejo tradicionalismo español, del que Unamuno tomaba distancia.

Yo, español, no soy hispanófilo de esa clase, no soy de los que están dispuestos a sancionar la canonización de un Pedro Arbués ni a prosternarme en absoluto de admiración ante Felipe II []

Yo, español y patriota de mi España, entiendo que fue un día triste, pero grande para nuestro país, aquel en que la Armada Invencible se hizo añicos en el Canal de la Mancha.¹⁷

¹⁶ Luis Araquistain, "Hispanoamericanismo La ciudadanía alternativa", *España* (Madrid), año II, núm. 53 (enero de 1916), pp. 11-12

¹⁷ Miguel de Unamuno, "Discurso ante la cena anual", en *España* (Madrid), núm. 106 (1 de febrero de 1917), p. 4

El maestro de Salamanca sostenía que todos habían pecado un poco en el ocaso del siglo XIX, por haberse dejado contagiar de un cierto "materialismo histórico" que hacía consistir todo el movimiento de la historia en resortes del estómago, sin reconocer que el hombre no era puramente económico y necesitaba defender su *yo*, afirmar su personalidad frente a la realidad. En este discurso, Unamuno exhibía un patriotismo liberal que estaba más ocupado en acercar a España a las conquistas de la Revolución Francesa que en recuperar la "influencia perdida" en el continente americano.

Hasta fines de la década del diez, muchas revistas de nuestro continente reconocían a *España* como fuente de referencia intelectual, reproducían las caricaturas de sus carátulas y se identificaban por su espíritu antioligárquico. Pero no tardaría en aparecer un rechazo a estos intentos paternalistas recurrentes en el campo intelectual español. Algunos latinoamericanos reaccionaron contra todo cosmopolitismo y pusieron en jaque toda influencia europea en nuestras letras, desacreditando cualquier producción artística que no contribuyera a la consolidación de nuestras nacionalidades. Otros lucharon directamente contra este resabio colonialista desde posiciones que entendían al nacionalismo como complementario con el cosmopolitismo. En el Perú, estos debates llegarían algunos años después del cierre de la publicación española que venimos analizando, junto con las polémicas del indigenismo, en la segunda mitad de los años veinte.

En todos los ambientes latinoamericanos se produjo, desde la Reforma Universitaria, una dinamización de la realidad político-cultural y una acentuación del espíritu revolucionario que sobrepasaría rápidamente la línea editorial de *España*. El lugar del pensamiento latinoamericano en relación con lo "iberoamericano" sería discutido en una nueva dimensión desde la perspectiva "americanista" que guiaba a los escritores que se nucleaban alrededor de revistas como *Repertorio Americano*, *Amauta*, *Claridad*. En este nuevo marco debe entenderse la repercusión del polémico artículo "Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica", que encontró más de una protesta en nuestras tierras. En abril de 1927, Guillermo de Torre planteó que América Latina era una prolongación del área española y que Madrid era el punto convergente que podía contrarrestar el latinismo estrecho de Francia.¹⁸ Las vanguardias latinoamericanas venían desarrollando una

¹⁸ Guillermo de Torre publicó su "Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica" en *La Gaceta Literaria* de Madrid, en abril de 1927. Fue reproducido por *Repertorio Americano* en Costa Rica en septiembre de 1927 y adquirió con ello enorme circulación continental.

intensa producción artística y la preocupación social caracterizaba a la mayoría de los grupos culturales.¹⁹ Los críticos y periodistas europeos ya no eran considerados "guías espirituales" y mantenían relaciones estrechas, pero de respeto y mutua admiración, con los intelectuales latinoamericanos.²⁰ Como es de suponer, en el marco de un campo cultural dinámico y vigoroso, muchas publicaciones e intelectuales de relieve consideraron que se trataba de un intento de reconquista colonial. En la década anterior, la revista de Araquistain se había orientado en este mismo sentido paternalista, pero no registró un reclamo como el que encararon en 1927 revistas como *Martín Fierro* (1924-1927), intelectuales como Alberto Zum Felde o José Carlos Mariátegui, que fueron muestras de la solidez de nuestro campo cultural.

Aunque la influencia de *España* decayó a medida que se acercó la década del veinte, sus principales colaboradores quedaron conectados con la prensa latinoamericana durante mucho tiempo. Incluso en 1923, cuando se anunciaba la próxima salida de *Vanguardia* (proyecto de revista semanal codirigida por Mariátegui y Félix del Valle), el aviso publicitario incluía entre sus redactores a quienes todavía colaboraban en *España*: Luis Araquistain, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle Inclán, Ramón Gómez de la Serna.²¹ Araquistain tuvo una

¹⁹ El asunto de la influencia española y el carácter de Madrid como meridiano intelectual constituyó un momento de inflexión dentro de una tensión bastante instalada en nuestra América. Jorge Schwartz reconstruye los principales aspectos de la polémica que generó el artículo de Guillermo de Torre y sostiene que el conflicto entre "nacionalismo" y "cosmopolitismo" fue la polémica cultural más constante y compleja del continente latinoamericano. Por otro lado, gran parte de la producción de nuestro vanguardismo se caracterizó por una intensa búsqueda de una afirmación nacional, Jorge Schwartz, *Las vanguardias latinoamericanas*, Madrid, Cátedra, 1991

²⁰ En 1927, Mariátegui participó del debate del artículo de Guillermo de Torre, festejando la "cerrada protesta" de los vanguardistas argentinos contra las pretensiones hispanistas. Véase al respecto José Carlos Mariátegui, "La batalla de Martín Fierro" publicado en *Variedades*, Lima, año XXIII, núm. 1021, 24 de septiembre de 1927. Por otra parte, Mariátegui mantenía una asidua correspondencia con el crítico español. En uno de los cruces epistolares, varios años después de la discusión de su polémico artículo, Guillermo de Torre le planteó a Mariátegui que en Madrid se tenía un panorama más completo del movimiento literario de América Latina que en Buenos Aires. Pero enseñó que se vio obligado a aclarar que no pretendía complicar el diálogo con ningún "argumento meridiano". Carta de Guillermo de Torre a José Carlos Mariátegui, 16 de junio de 1929, en José Carlos Mariátegui, "Correspondencia", en *Mariátegui total*, 2 tomos, Lima, Amauta, 1994, pp. 2001-2002.

²¹ El aviso de *Vanguardia* al que nos estamos refiriendo apareció, entre otros lugares, en *Bohemia Azul*, dirigida por Félix Anaya, en su número cuatro, Lima, año 1, domingo, 4 de noviembre de 1923. En nuestra tesis tuvimos oportunidad de comentar más extensamente este proyecto inconcluso de Mariátegui y pudimos ahondar en sus diferencias ideológicas con la revista *Amauta*. Allí pudimos vincular la influencia de la última etapa de *España* en algunos sectores del periodismo peruano

participación importante en el periodismo peruano de la década del veinte y su presencia se prolongó varios años después del cierre de *España*. Encontramos su nombre en la revista *La Sierra*, dirigida por J. Guillermo Guevara, y los ecos de su trabajo sobre la política agraria del México revolucionario aparecieron también en *Amauta*.²²

Esto no significa que Mariátegui hubiera indultado las pretensiones colonialistas de sus colegas españoles. Mantenía con ellos relaciones de respeto mutuo, aunque discutía con pasión la indiferencia que exhibían frente a nuestra especificidad continental. Y es que para editoriales vanguardistas como José Carlos Mariátegui, la polémica era una parte sustancial de la labor de difusión cultural. Antes que cerrar, era necesario, entonces, abrir las páginas de las revistas a posiciones diversas. Más de una vez tuvo que defenderse frente a quienes esperaban de él una actitud sectaria y también más de una vez afirmó que *Amauta* había llegado para "inaugurar un debate, y no para clausurarlo".²³

BIBLIOGRAFÍA

- Mariátegui, José Carlos. *Mariátegui total*, 2 tomos, Lima, Amauta, 1994.
- Amauta. Revista mensual de doctrina, literatura, arte, polémica*, Director: José Carlos Mariátegui, núms. 1-32, 1926-1930, edición en facsimile, Lima, Amauta, 1976.
- Labor. Quincenario de información e ideas*, director, José Carlos Mariátegui, núms. 1-10, 1928-1929, edición en facsimile, Lima, Amauta, 3ª edición, 1995.
- Claridad. Órgano de la Federación Obrera Local de Lima y de la juventud libre del Perú*, director, Víctor Raúl Haya de la Torre, director interino, José Carlos Mariátegui, núms. 1-7, 1923-1924, edición en facsimile, Lima, Amauta, 1994.
- Nuestra Época*. Revista política y literaria, directores: Félix del Valle, César Falcón y José Carlos Mariátegui, núms. 1-2, 1918, edición en facsimile, Lima, Amauta, 1994.
- La Razón* Diario de la tarde, mayo-agosto de 1919, Lima, Perú, Microfilm, Biblioteca Nacional de Lima, del núm. 6 al 65, del 19 de mayo de 1919 al 22 de julio de 1919.

²² Los artículos de Luis Araquistain en *La Sierra*, "Arte de clases y arte de humanidad" (Lima), año II, núms. 22-23 (noviembre de 1928), y del mismo autor. "El aspecto agrario de la Revolución Mexicana", en *Amauta* (Lima), año III, núm. 20 (enero de 1929). También aparece un comentario de su libro "La Revolución Mexicana", firmado por LFB en la sección "Libros y Revistas" de *Amauta* (Lima), año III, núm. 23 (mayo de 1929).

²³ Véase José Carlos Mariátegui, "Polémica finita", *Amauta* (Lima), año II, núm. 7 (marzo de 1927)

- La Sierra* Órgano de la Juventud Renovadora Andina, Revista Mensual de Letras, Ciencias, Arte, Historia, Ciencias Sociales y Polémica, Redacción, J. Guillermo Guevara, núms. 1-34, Lima, 1927-1930.
- España* Semanario de la vida nacional, fundador, José Ortega y Gasset, Director: Luis Araquistain, núms. 1-403, Madrid, 1915-1924, edición facsimilar, Liechtenstein, Topos Verlag-Turner, 1982.
- Flores Galindo, Alberto y Manuel Burga, "Apogeo y crisis de la República Aristocrática", en *Obras Completas de Alberto Flores Galindo*, tomo II, Lima, Fundación Andina-Sur, 1994
- Gargurevich, Juan, *Historia de la prensa peruana 1594-1990*, Lima, La Voz, 1991.
- Porras Barrenechea, Raúl, *El periodismo en el Perú*, ediciones del sesquicentenario, Lima, Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1970
- Rico, Francisco, *Historia y crítica de la literatura española*, vol. 7, Barcelona, Crítica-Grijalbo, 1984.
- Roig, Arturo Andrés, "El siglo XIX latinoamericano y las nuevas formas discursivas", en *El pensamiento latinoamericano del siglo XIX*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1986
- Schwartz, Jorge, *Las vanguardias latinoamericanas*. Madrid, Cátedra, 1991
- Stein, William, *Dance in the cemetery*, Lanham, University Press of America, 1997.
- Verani, Hugo. *Las vanguardias literarias en hispanoamérica Manifiestos, proclamas y otros escritos*, 3ª edición, México, FCE, 1995.
- Videla de Rivero, Gloria, *Direcciones del vanguardismo hispanoamericano*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana-Universidad Nacional de Cuyo, 1990.